



# CARTHAGO SPARTARIA, UNA PLAZA FUERTE BIZANTINA

Jaime Vizcaíno Sánchez

Área de Arqueología – Universidad de Murcia

Durante las dos últimas décadas, la investigación arqueológica en el extremo sudoriental de la *Carthaginiensis* ha ido poniendo de manifiesto un particular proceso de «reviviscencia» urbana a partir de mediados del siglo vi. Esta «reactivación» de diversos asentamientos del sures-te y levante hispanos se plasma, sobre todo, en torno a dos de los principales vectores de la dinámica urbana en este periodo: la cristianización de su topografía y la fortificación de sus recintos. Buena prueba de ello son dos *civitates* episcopales, *Eio* y *Begastri*, donde ambos fenómenos, el religioso y el militar, constituyen, además, un binomio indisoluble, en tanto baluartes desde los que el Reino visigodo de Toledo planificaba hacer frente a las también sedes episcopales en manos bizantinas, de *Carthago Spartaria* e *Ilici*. De hecho, al calor del conflicto gregogótico, se documentan los esfuerzos desplegados

en toda otra serie de núcleos como el Cerro de la Almagra o València la Vella. En particular, el fenómeno adquiere una especial envergadura en el área valenciana, territorio «de frontera» donde, junto a la construcción de nuevas estructuras defensivas, se reconoce una verdadera «visigotización», no tan solo «teórica», en tanto preocupación del reino toledano por esta zona, sino incluso «fáctica», que implica el despliegue de un contingente de población visigoda. Aunque se trata de un tema que aún suscita controversia —en buena parte por los «excesos etnicistas» de épocas pasadas felizmente superadas y la necesaria «desideologización» de la historia y la arqueología de esta etapa—, las evidencias que aporta la investigación parecen incontestables. No en vano, corremos el riesgo, en el intento de evitar volver a caer en la manipulación que del visigotismo se hizo por parte de las corrientes pangermanistas y, de forma concreta, por el régimen franquista, de tratar de «reinterpretar» los datos de forma torticera, en el tan típico y erróneo movimiento pendular en el que suele

<1 Selección de materiales cerámicos y vítreos del relleno de una fosa de época bizantina (UE 32080) del barrio de la *arx Hasdrubalis*.

Fotografía: B. del Ordi.

desembocar parte la historiografía cuando se ve influenciada por prejuicios de uno u otro signo.

Hoy, la arqueología nos muestra cómo, a partir de mediados del siglo VI, el área valenciana experimenta no solo la ya aludida «fortificación», sino también cambios en los patrones de ocupación residenciales y, muy especialmente, funerarios. Se registran nuevas modalidades de enterramiento, cambiantes ajuares o incluso diferencias antropológicas. Que las fuentes textuales nos informen, además, de una creciente onomástica de origen germánico, no es sino otra prueba más de que, tras esos cambios, se encuentra la llegada creciente de población visigoda. La numismática contribuye a explicarnos la causalidad de este proceso, con ocultaciones monetales y cecas abiertas para el pago de contingentes desplegados por todo el territorio, ante la necesidad de repeler la amenaza bizantina por tierra, en la zona alicantina, o por mar, en las Baleares.

En este estado de cosas, sin embargo, del mismo modo que el conflicto grecogótico se va perfilando desde el lado visigodo, apenas se intuye desde la zona bizantina, planteándose la aparente paradoja de que los esfuerzos desplegados por Toledo parecen hacer frente a una amenaza inexistente. Han influido en ello también los mencionados cambios historiográficos que, en el ya referido peligroso movimiento pendular, han pasado a hablar de una *Spania* que cubría casi todo el sur peninsular, llegando hasta *Corduba* e incluso abarcando el Algarve, a postular una presencia bizantina casi anecdótica. En lo material, los vaivenes no han sido menores, de modo que, de unas sempiternas influencias bizantinas irradiadas desde *Spania* al reino toledano, se ha pasado a negar

la posibilidad de reconocer arqueológicamente la presencia de los *milites romani* en suelo hispano.

A este respecto, un análisis «desapasionado» de la documentación textual y arqueológica nos muestra la realidad multiforme de la ocupación bizantina de parte de la costa hispana meridional y su inmediato *hinterland*. De la misma forma que a esos «*hostes barbaros*» mencionados en la famosa inscripción de *Comitiolus* va siendo posible «poner cara», también las «*Romanas insolentias*» (Isid. Hisp., *Hist. Goth.*, 54) que se nos refieren desde el lado toledano, comienzan a cobrar sentido más allá del relato de las fuentes. Conviene, con todo, no minusvalorar ningún testimonio, pues, a fin de cuentas, solo tejiéndolos, sin obviar ninguno de ellos, es cómo conseguiremos una aproximación lo más veraz posible al «episodio» bizantino.

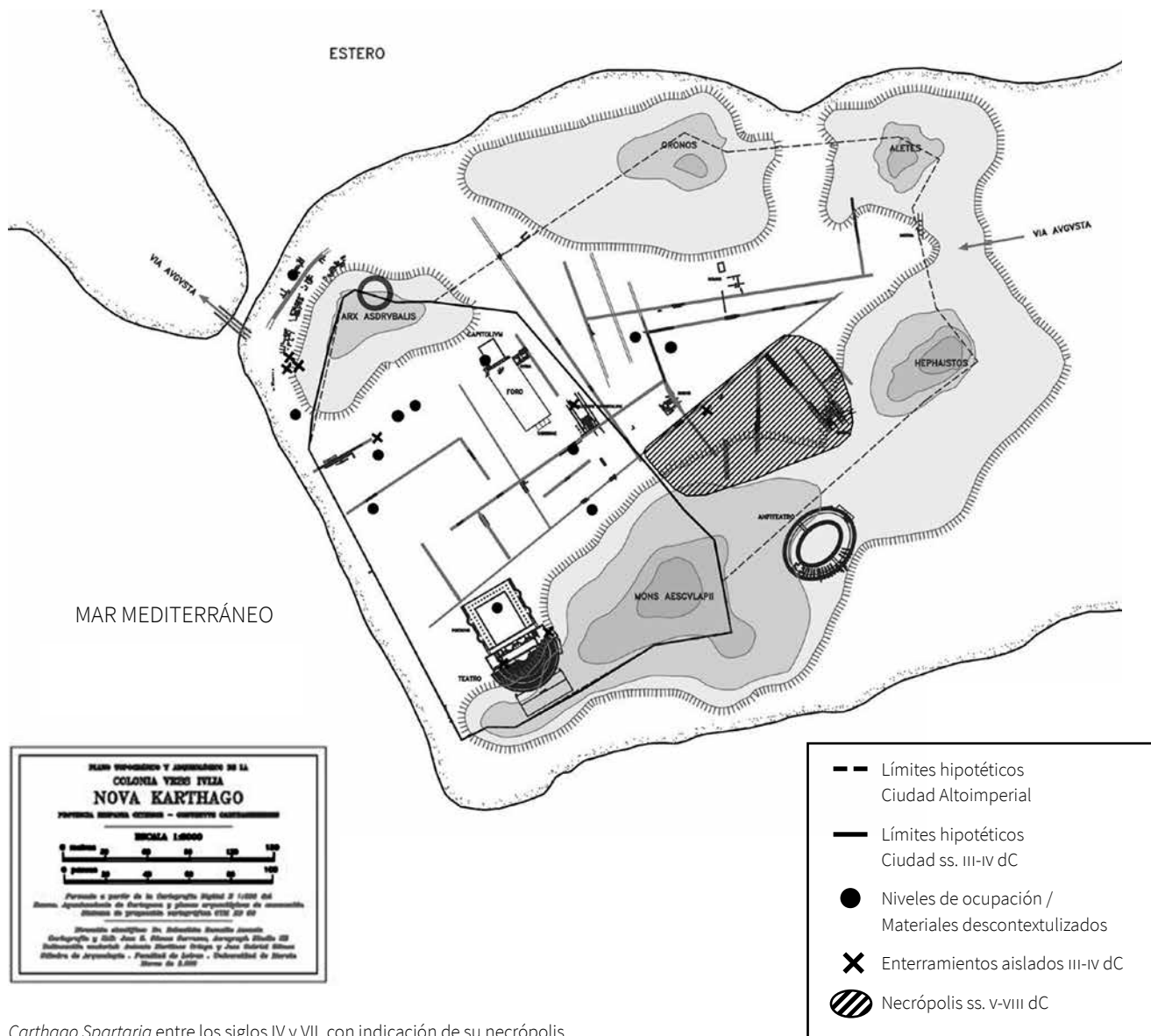
En este sentido, en primer lugar, es necesario recordar que la presencia de los *milites* se inserta, precisamente, en el despliegue de tropas por parte de Justiniano de cara a reconquistar los antiguos territorios romanos de Occidente. Se trata de una empresa que en *Hispania* aqueja el desgaste de las operaciones en África e Italia, así como la reanudación de las hostilidades en el frente realmente más pernicioso para el Imperio, el oriental. Acompaña a ello todo un corolario «funesto», que va desde otras amenazas militares, al impacto de la epidemia de peste o sucesivas catástrofes naturales, y un último factor, consecuencia y, a su vez, causa de otros tantos, como es la preocupante situación de las arcas del Imperio. En este marco, la ocupación de la *Spania* bizantina no fue tanto «colofón» como sí «canto de cisne» de la *Renovatio Imperii* justiniana, lo que no impide que en ella encontremos *phrouria* como el de *Septem*, de cuya

fortificación da cuenta Procopio en su *De Aedificiis* (VI,7,16), a una *fortissima civitas* como *Asidona* (Ioha. Bicl., *Chron. ad a.* 571.3). Que ya con el mismo monarca, Atanagildo, que facilitó la entrada de los soldados justinianos y sancionó su estancia, comiencen las hostilidades a mediados del siglo VI y que éstas se prolonguen siete décadas más hasta el reinado de Suintila c. 625 (Isid. Hisp., *Etym.* XV, I, 67-68), nos muestra que el «enemigo bizantino», por más que no mostrase en el frente hispano toda la potencia que cabe presumir al Imperio, tampoco puede pasar por un peligro «menor». No se trata de negar que los recursos destinados a la empresa restauradora fueran precarios, pues los mismos cálculos que se realizan de acuerdo con el testimonio de Agatías (V 13, 7-8), indican que a la altura del año 559, no más de cinco mil efectivos se destinarían a *Spania*. Con todo, por escasa que fuera la movilización, seamos conscientes que ésta fue «cambiante» como las mismas circunstancias del Imperio y, en cualquier caso, no una amenaza «fantasma», como cierto sector de la investigación parece empeñado en demostrar. La presencia del *magister militum* ya referido, *Comitiolus*, y los sucesos que acompañan su actividad en *Spania*, insisten en ello.

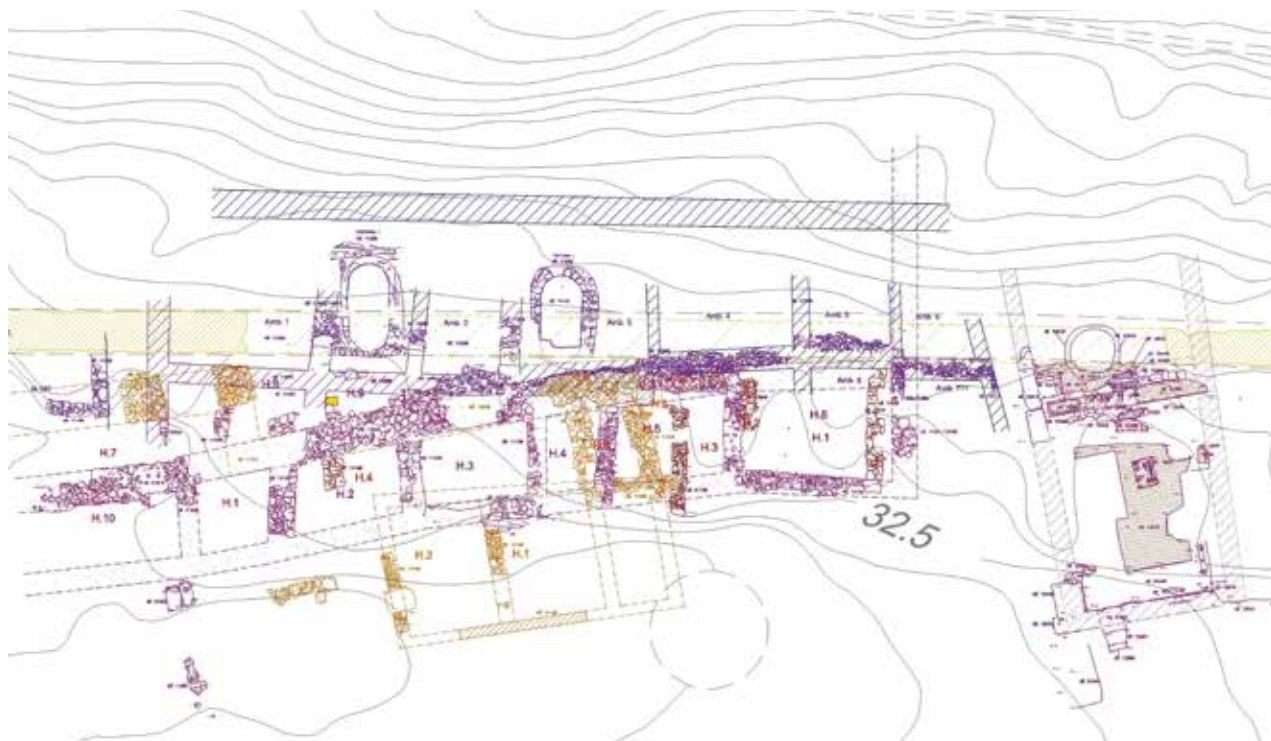
Precisamente, uno de los documentos más valiosos sobre este *patricius missus a Mauricio Aug(usto) contra hostes barbaros*, es el epígrafe que nos recuerda su intervención en las murallas de *Carthago Spartaria*. Aunque la habitual retórica de este tipo de textos nos impide discernir la verdadera envergadura de la obra edilicia que se conmemora en el 589-590, queda claro que la Administración imperial concentró sus atenciones en las fortificaciones. No en vano, tampoco cabe esperar otra

cosa en el marco de una ocupación militar que, volvamos a recordarlo, es fruto de una conquista y se mantiene, precisamente, por un despliegue defensivo.

Hasta hace poco, no disponíamos más que de este epígrafe para referirnos a las murallas tardías de Cartagena. Hoy, en cambio, nuevas excavaciones comienzan a proporcionarnos su evidencia material. De este modo, en la cima del cerro del Molinete, la *arx Hasdrubalis* citada por Polibio (X, 10, 9), se ha podido documentar cómo la antigua muralla republicana acasamatada, construida a su vez sobre una preexistente cerca púnica, sigue utilizándose hasta época tardía mediante remodelaciones que abarcan desde la amortización y obliteración de ciertos sectores, al recrecido y refuerzo de otros. Entre otros factores, aboca a ello la particular orografía de la urbe, que, emplazada entre cinco colinas, ha jugado con tales condicionantes a lo largo de su historia. Esa misma razón, de hecho, motiva que, al igual que el cerco tardío fosiliza los de época púnica y romana, ellos sean, a su vez, finalmente reemplazados por las defensas del siglo XVI. Hemos de tener en cuenta, a este respecto, que la disposición topográfica es idónea, ya que se sitúa en la cota más elevada del flanco septentrional del cerro del Molinete y, así, a más de treinta metros de altitud sobre el nivel de la laguna interior que delimitaba la ciudad por el norte. Tal configuración o la fuerte inclinación de la pendiente en esta zona de la colina, con un abrupto cambio de nivel, contribuyen a explicar la notable vigencia del trazado. Por otra parte, también la reutilización implicaba la posibilidad de aprovechar desde los mismos paramentos y/o, al menos, su material. No en vano, se trata de dinámicas comunes en la poliorcética tardía, como vemos



Carthago Spartaria entre los siglos IV y VII, con indicación de su necrópolis oriental, zona habitada y posible trazado de su perímetro amurallado. En la cima de la *arx Hasdrubalis* se señala el paño excavado



en la Cartago africana o en Sucidava, por citar ejemplos de diverso marco territorial, o igualmente, en *Hispania*, en ciudades como *Barcino*, *Legio VII*, *Emerita*, entre otras. En el caso concreto del escenario del conflicto grecogótico podemos añadir además el Tolmo de Minateda, donde su baluarte se construye en paralelo a las murallas anteriores. En conjunto, tal reaprovechamiento es común en la edificación tardía y, especialmente, en la de tipo militar, donde la propia Administración la recomienda ya en el año 397 (*Cod. Theod.*, XV, 1, 36). Cabe destacar incluso, que una de las fuentes primordiales para la poliorcética bizantina, el anónimo *De re strategica* (X, 3), datado a finales del siglo VI,

Planimetría de las fortificaciones de la cima de la *arx Hasdrubalis*. En color marrón se indican los muros pertenecientes a la etapa bizantina.  
 Archivo gráfico del Proyecto *Arx Hasdrubalis*

«prescribe» la utilización de piedras ya talladas cuando estas estuvieran disponibles.

Este nuevo cerco tardío de la cima de la *arx Hasdrubalis* se vertebra en torno al eje longitudinal al que se acoplan las sucesivas murallas. De oeste a este, el paño conservado, que integra sendos muros paralelos, se dispone en una situación avanzada respecto a la muralla republicana. A continuación, se pliega hacia el sur, superponiéndose al forro

septentrional de la fortificación romana. Al resguardo de éste, ahora recrecido, se conforman nuevas estancias, una de ellas, conectada directamente con él, y otras, trabadas a su vez con aquella. De este modo, se delinea un pequeño conjunto de habitáculos dispuestos en batería, que cuentan con planta alargada, aproximadamente rectangular, y anchura variable. Tal planificación, el adosamiento a la muralla de toda una serie de compartimentos en batería, en tanto posibles casernas utilizadas como barracones para la guarnición o sus pertrechos, es común en la poliorcética tardía. Ocurre así, por ejemplo, en la fortaleza norteafricana de *Thamugadi*, construida entre los años 539-540, o en la balcánica de Biograd, donde algunas de las estancias se habilitan como cisternas para el aprovisionamiento hídrico, vital, sobre todo, en caso de asedio.

Desde el punto de vista constructivo, la muralla ahora documentada se erige con piedras calizas, esquistos, costra de calizas y areniscas de mediano y gran tamaño, trabadas con barro, materiales y técnica que revelan cierta funcionalidad y modestia edilicia. Para su erección, se excavaron toda una serie de trincheras destinadas a recolectar *spolia*. Tales zanjas y fosas, cumplida su función originaria, fueron normalmente obliteradas mediante el vertido de residuos. En este sentido, precisamente es uno de estos contextos de vertido, el que amortiza un antiguo colector, uno de los que ha proporcionado un lote más singular para complementar la datación del cerco y conocer el carácter de la ocupación de estas estructuras aledañas a la muralla. Así, en él destaca el contenedor oriental LRA 1 / Keay LIII, en concreto una de sus variantes más tardías, el tipo LRA 1B1, que se produce sobre todo a partir de un momento avanzado del siglo VI

en la costa de la antigua Cilicia. También el relleno incluía un contenedor de origen ibicenco, identificado recientemente como tipo RE-0103, que *floruit* durante la segunda mitad del siglo VI. Es necesario, igualmente, destacar un amplio repertorio de cerámicas de cocina de producción local, que, junto a restos faunísticos, nos muestra cómo, en esta zona de la muralla, junto al almacenamiento, se daría el preparado y consumo alimenticios.

En cualquier caso, hay que ser cautos a la hora de extrapolar los datos de este tramo documentado al resto del perímetro amurallado de la urbe. Aquí, la refacción de la muralla romano-republicana de casernas, con el recrecido de muros y la erección de nuevas estancias, posiblemente ha de tenerse como una solución específica, puntual, concebida para este sector concreto de la topografía de *Carthago Spartaria*. La situación relativamente «marginal» de este flanco noroccidental, distante de las calzadas y los accesos a la ciudad, que bordea un marjal, o su protección natural por la propia pendiente de la colina, son condicionantes que hay que tener en cuenta, en tanto que inducen a pensar en el posible recurso a soluciones funcionales, desprovistas de la prestancia arquitectónica y, de algún modo, el aparato «escenográfico» que hemos de presumir para tramos más céntricos en la topografía urbana. Qué duda cabe, en este sentido, que el lienzo descrito poco tendría que ver con la puerta y el paño que la rodeaba, objeto de atención en 589-590 por parte del *patricius Comenciolus, magister militum Spaniae*, donde, como se nos refiere, «*quisquis ardua turrium miraris culmina*», en un verdadero despliegue propagandístico para que «*sic semper Hispania tali rectore laetetur*» (CIL II 3420).

Sea como fuere, excavaciones desarrolladas en otros puntos de la ciudad nos ayudan a manejar ciertas hipótesis, si no de la materialidad, al menos sí del recorrido del perímetro fortificado. Para ello ha sido determinante la documentación de una amplia necrópolis en el sector sudoriental de *Carthago Spartaria*, sobre un antiguo barrio altoimperial ya abandonado en el siglo II dC. Su envergadura, con más de doscientos enterramientos, nos muestra su necesario emplazamiento *extra moenia*. Aunque ya previamente la investigación había mostrado el abandono a partir del siglo II dC de la mitad oriental de la antigua urbe, con la consecuente retracción del área habitada al espacio más cercano al puerto, la zona comprendida entre los cerros de la Concepción y Molinete, el surgimiento de esta necrópolis a partir del siglo V ratifica tales cambios. En la misma dirección, la propia topografía de Cartagena hace de la línea comprendida entre las extremidades orientales de los citados cerros, dejando fuera la necrópolis del Barrio Universitario, el lugar óptimo para su defensa. No en vano, las sucesivas fortificaciones de época moderna han seguido el mismo recorrido sin apenas variaciones, circunstancia que también ha pesado en el profundo desmantelamiento de las cercas precedentes y, así, en cierta «invisibilidad» arqueológica.

En este sentido, aunque en este flanco aún no se ha documentado la muralla, es incontestable la reducción del perímetro fortificado, que, acoplado a la zona habitada, supone que el recinto pase de cerca de cuarenta hectáreas a prácticamente la mitad. Tal proceso de contracción y consiguiente repliegue defensivo es común a otras ciudades como *Egitania*, *Conimbriga* o *Italica*, o en el caso del cerca-

no norte de África, Tripoli, Sabratha o *Leptis Magna*. No hay que perder de vista tampoco que la misma Administración imperial (*CI I*, 27, 2y 14) recomienda la reducción del perímetro fortificado para optimizar los esfuerzos defensivos.

En el interior de este recinto habitado, los proyectos de excavación, investigación y museización del Teatro Romano de Cartagena y del Cerro Molinete, nos han permitido obtener una abundante información sobre la ocupación de la ciudad en época bizantina. Por cuanto sabemos, el barrio construido sobre el antiguo edificio de espectáculos pudo servir para el servicio y quizá, incluso residencia de la guarnición desplegada en *Carthago Spartaria*. Tengamos en cuenta que este barrio surge en la ladera del cerro más elevado de Cartagena, en torno al cual ha gravitado ancestralmente la defensa de la ciudad, como muestra aún hoy día el castillo y las murallas de época medieval.

Entre los diferentes hallazgos, junto a puntas de flecha del conocido como tipo ávaro, sobresale el de una co- rraza de tipo laminar, recuperada en el nivel de abandono posterior a la destrucción identificada con la conquista de la ciudad por parte de las tropas del rey visigodo Suintila, ca. 625. El material cerámico documentado en la habitación donde se localizó o en el conjunto de estancias del que formaba parte ésta, refuerza tal fecha, que integra algunas de las formas más habituales de la TSA-D (Hayes 99 B/C, 91 D, 100, 101, y 106), ánforas norteafricanas (Keay LXI, *spatheia*), orientales (LRA 1/Keay LIII), ibicencas (Keay LXXIX / RE-0314b) o cerámicas de cocina de producción local, lucernas tunecinas (Atlante XA1a / Hayes IIB) o LRU orientales. De hecho, es precisamente a partir de finales del siglo VI cuando se extiende este tipo de protección de ori-





Selección de *lamellae* de la coraza laminar recuperada en el barrio de época bizantina instalado sobre el teatro romano de Cartagena. (Imagen: J. Vizcaíno)

gen oriental entre los *milites romani*, mas sobre todo, entre oficiales y miembros de la caballería pesada, no ya así a la infantería. Su configuración y ejecución, producto exclusivo de las *fabricae* imperiales (*Nov. Iust.* 85, 4), muestran las diferencias respecto al armamento de los *hostes barbaros* visigodos, recuperado en yacimientos como Sant Julià de Ramis o Puig Rom. Este tipo de coraza militar se documenta, por lo demás, en otros lugares incluidos en el despliegue militar que conlleva la *Renovatio Imperii*, y que se datan a partir de un momento avanzado del siglo VI, como Caricin Grad, Svetinja, Jelica, o *Crypta Balbi*.

También reviste singular interés una pieza vítrea, un cuerno para beber (Isings 113), cuya difusión se limita hasta el siglo VI a la Europa centro-septentrional, con una con-

centración casi exclusiva en el área germánica. A partir de estos momentos, si nos atenemos al ámbito italiano, tanto a la zona longobarda como bizantina, parece darse, sobre todo, en ámbitos vinculados a las élites. Todo ello abre numerosos interrogantes a su registro en el barrio del teatro romano de Cartagena, único lugar junto a Segóbriga donde, por ahora, se documenta. El carácter del primero, donde es posible presumir cierta impronta castrense, podría informarnos, entre otras posibilidades, sobre la presencia de cuadros oficiales entre sus moradores.

Las recientes excavaciones en el cerro del Molinete también han documentado otro barrio de época bizantina, con un patrón material bastante similar. En este caso, el complejo surge en la ladera meridional de la colina,

protegido, por tanto, por la muralla antes referida que se sitúa en su cima. El nuevo barrio, levantado sobre las *insulae* aledañas al foro, revela una predominante orientación artesanal, con instalaciones como una herrería o una alfarería, construidas mediante la compartimentación del denominado «Edificio del Atrio». Los contextos recuperados en su interior ilustran sobre la ocupación de la ciudad durante los siglos VI y VII. Así, en el caso de la cerámica, existe un predominio de las importaciones africanas, dinámica, por otro lado, poco «sorpresiva», en tanto que la provincia africana es precisamente el verdadero baluarte de la presencia bizantina en el Mediterráneo occidental.

Entre las importaciones tunecinas sobresalen los grandes contenedores cilíndricos Keay LXI y LXII, así como los *spatheia*, que, en virtud de su presencia constante en los yacimientos incorporados en el marco de la *Renovatio Imperii* justiniana, y de modo especial, en la región danubiana y asentamientos de naturaleza militar, se han relacionado con el aprovisionamiento de las tropas bizantinas. Este mismo valor se atribuye a otros contenedores orientales, en algún caso documentados por primera vez en la ciudad, como el *Samos cistern type*. Se trata de depósitos cerámicos que, considerando los fletes de aceite, vino y otras mercancías que debieron transportar, constituyen posiblemente el más claro reflejo material del establecimiento de una suerte de *annona* para el sostenimiento de los *milites romani*, independientemente de su acuartelamiento en ciudades o *castra*.

Recientemente, sobre el amortizado *Iseum*, también se ha podido documentar el nivel de abandono de un almacén anfórico, datado en el primer cuarto del siglo VII.



Nivel de destrucción de la habitación n° 20 del barrio de época bizantina levantado sobre el teatro romano de Cartagena. Archivo gráfico del Museo del Teatro Romano de Cartagena.

Las ánforas, sobre todo tunecinas y, en menor medida, ibicencas y orientales, aparecen aplastadas contra el suelo, mostrando concomitancias con el nivel de destrucción hallado en el barrio del teatro romano, que se identifica con la toma visigoda de la ciudad por las tropas de Suintila c. 625. Con ello, en la actualidad, diferentes puntos del solar urbano muestran que tales acciones destructivas no fueron episódicas, por lo que cobra más fuerza la posibilidad de identificarlas con el desenlace relatado por las fuentes. La propia envergadura de la conquista visigoda, que la deja sumida *in desolationem* (Isid. *Hisp., Etym.* XV, I, 67-68), así como que tras ella los indicios de ocupación sean muy tenues, son otros factores, junto a los ya enumerados, que insisten en el carácter de plaza fuerte de la *Carthago Spartaria* ocupada por las tropas bizantinas entre los siglos VI y VII.